

en la magnífica novela El intruso, donde nos describe la formación del Partido Nacionalista Vasco parapetado tras los viejos carlistas y con el apoyo de los jesuitas de Deusto, y crítico feroz de los convencionalismos sociales de la época que él se saltaba para ofrecernos esa alma humana especialmente femenina que era objetivamente la menos defendida por la sociedad.

Supo como nadie hacernos amar a las gentes transgresoras que consiguen mantener intacta su esencia, esa esencia que hace de algunas heroínas del XIX auténticas joyas irrepetibles.

Creo que Cañas y barro, en nuestra versión cinematográfica, contribuyó un poco a descubrir su magnitud y estar ahí en ese momento que para mí fue espléndido.

Creo que la figura de Blasco Ibáñez está inmersa en ese grupo especial de hombres de este país que han aportado cosas reales e identificables. Cuando uno se adentra en su lectura se encuentra conmovido por un mundo de sentimientos que son universales y ahí radica su grandeza.

I

Como todas las tardes, la barca-correo anunció su llegada al Palmar con varios toques de bocina.

El barquero, un hombrecillo enjuto, con una oreja amputada, iba de puerta en puerta recibiendo encargos para Valencia, y al llegar a los espacios abiertos en la única calle del pueblo, soplaba de nuevo en la bocina para avisar su presencia a las barracas desparramadas en el borde del canal. Una nube de chicuelos casi desnudos seguía al barquero con cierta admiración. Les infundía respeto el hombre que cruzaba la Albufera cuatro veces al día, llevándose a Valencia la mejor pesca del lago y trayendo de allá los mil objetos de una ciudad misteriosa y fantástica para aquellos chiquitines criados en una isla de cañas y barro.

De la taberna de Cañamel, que era el primer establecimiento del Palmar, salía un grupo de segadores con el saco al hombro en busca de la barca para regresar a sus tierras. Afluían las mujeres al canal, semejante a una calle de Venecia, con las márgenes cubiertas de barracas y viveros donde los pescadores guardaban las anguilas.

En el agua muerta, de una brillantez de estaño, permanecía inmóvil la barca-correo: un gran ataúd cargado de personas y paquetes, con la borda casi a flor de agua. La vela triangular, con remiendos oscuros, estaba rematada por un guiñapo incoloro que en otros tiempos había sido una bandera española y delataba el carácter oficial de la vieja embarcación.

Un hedor insoportable se esparcía en torno de la barca. Sus tablas se habían impregnado del tufo de los cestos de anguilas y de la suciedad de centenares de pasajeros: una mezcla nauseabunda de pieles gelatinosas, escamas de pez criado en el barro, pies sucios y ropas mugrientas, que con su roce habían acabado por pulir y abrillantar los asientos de la barca.

Los pasajeros, segadores en su mayoría, que venían del Perelló, último confín de la Albufera lindante con el mar, cantaban a gritos pidiendo al barquero que partiese cuanto antes. ¡Ya estaba llena la barca! ¡No cabía más gente...!